

NOTAS

Sociedad y enfermedad *

La enseñanza de la historia de la medicina y la lucha diaria contra el tifus, llevadas a cabo por el profesor Sigerist, de la Johns Hopkins University, y por el biólogo Hans Zinsser, respectivamente, ha conducido a ambos —y con excelente resultado— a un terreno común: el de los efectos sociales de la enfermedad.

La aspiración de Sigerist es una "Sociología de la Medicina" que comprenda a la enfermedad en su interacción con la civilización y sus productos: instituciones, derecho, arte, literatura, filosofía, religión, etc. Considera a la enfermedad como la "suma total de las reacciones anormales del organismo o de sus partes a estímulos anormales". Implícitamente supone esto la sustitución de los sistemas de seguridad individuales, coincidentes con los sistemas de seguridad de los demás, por otros no coincidentes.

Por lo tanto, cuando la enfermedad se manifiesta colectivamente (epidemia) determinados sistemas de cultura (economía, derecho, normas de conducta, códigos del honor, etc.) pueden perder su vigencia o sufrir cambios considerables.

El análisis de estos efectos es realizado por ambos autores. Citan primero el clásico ejemplo de la plaga de Atenas, cuya naturaleza no se conoce con certeza, y que según Tucídides "dió impulso a todas las tendencias antisociales" obrando como un factor de selección negativa, pues "aquellos cuya conducta era de ley llevaron la peor parte". Entre ellos estaba el propio Pericles. Los sistemas ordinarios de adquisición y transmisión de riqueza, la ley, conceptos tales como el valor y el honor se vieron profundamente alterados. Idénticos efectos aprecia Procopio en la Plaga de Justiniano.

La peste negra europea de 1348 provocó aún mayores cambios.

* Hans Zinsser: "Rats, Lice and History" The Atlantic Monthly Press Boston 1952. Henry E. Sigerist: "Civilization and disease" Cornell University Press. Ithaca 1945.

Se produjo una polarización de actitudes: una de licencia que Bocaccio refleja en el Decamerón y otra de ascetismo, que traslucen la superación de la Edad Media por las nuevas tendencias del Renacimiento y la Reforma. Las subidas de salarios causadas por la despoblación quebrantaron el sistema económico feudal. El intento de detenerlas (como por ejemplo el Estatuto de Trabajadores inglés de 1350) repercutirá más tarde en los movimientos sociales con que se cierra la Edad Media.

Estudia, además, Sigerist el tema de la actitud de la sociedad hacia el enfermo, fundamento de una "Sociología del paciente". Ha variado ésta según las épocas. En ciertos pueblos primitivos se comunicaba al paciente, que quedaba condenado a la muerte social, antesala de la real. La comunicación con el paciente tuvo primero un fundamento religioso: la enfermedad era incluida en un sistema expiatorio, considerándose la como castigo. Esta concepción es típica de los pueblos semitas.

La Grecia clásica sintió un gran desprecio por la enfermedad, pero la consideró como un fenómeno natural, y al mismo tiempo, una "privación" total o parcial de una vida que sólo podía ser concebida en y para la comunidad. El médico no atendía al enfermo incurable porque la sociedad no concebía su existencia "privada". La salud es "equilibrio", la "dyskrasia" su pérdida por el predominio de un humor. Con el helenismo surgen posteriormente corrientes que modifican esta actitud: el atomismo de Asklepiades, los metódicos y el escepticismo.

El Cristianismo incorpora a la enfermedad la idea de mediación del Redentor, la Virgen y los santos viendo en la enfermedad una Cruz. Subsiste, sin embargo, la idea semita de expiación, del "castigo de Dios".

La Reforma busca la curación por la fe. La "Ciencia y Salud con la llave de las Escrituras", de Mary Baker (1821-1910), fundadora de la "Christian Science", es su derivado.

Con la monarquía de derecho divino se fortalece la creencia en el poder curativo de la realeza en casos de escrófula ("mal du roi", "King's evil"). El siglo XVII extiende a la medicina su concepción mecánica del universo ("iatromecanicismo") y el Humanitarismo al otorgar al enfermo una posición privilegiada plantea también problemas a la Sociología del paciente como los de la histeria.

La apariencia (como ocurre con los leprosos, tan temidos, aunque la enfermedad no es muy contagiosa) y la actitud de la época (que en el caso de la sífilis varió desde la benevolencia extrema en el "Siècle galant" a una intransigencia excesiva, por la subida de las clases medias, en el siglo XIX) son también factores fundamentales en la apreciación del paciente.

Sigerist ve una relación entre las enfermedades predominantes en un período y su estilo de vida. La Edad Media se caracteriza

por un predominio de lo colectivo y lo religioso. El primer rasgo se manifiesta en las neurosis, que junto con otros elementos, como el hambre, la desesperación o de tipo orgiástico, daban lugar a los bailes colectivos, como el de San Vito, San Juan o el tarantismo (unidos en este último a la idea pitagórica de la curación por la música). Lo religioso es el fundamento del exorcismo y de la existencia de sectas como la de los Flagelantes en el siglo XIII.

En el Renacimiento irrumpe la sífilis, consecuencia de un acto individualista, y en las enfermedades del Barroco dominan, como en otros aspectos, los contrastes: el ergotismo, las enfermedades "de lujo" como la gota y la hidropesía.

El libro del biólogo Hans Zinsser es también el de un humanista. Si en Sigerist, que también lo es, se ve un afán de perfectibilidad, en el del biólogo la ironía y el humor llevan a cabo el "écrasez l'infâme".

Este no es otro que el parasitario tifus y sus transmisores, cuya biografía constituye el objeto del libro. Por uno de ellos, el piojo, muestra el autor cierta simpatía, pues se convirtió en transmisor de la enfermedad, que recibe del ser humano, muy tardíamente y aun no ha alcanzado una "inmunidad" o "saturación" que le permita sobrevivir a ella.

Algo muy distinto ocurre con la rata, que para colmo de males —y al contrario de lo que sucede con el piojo, objeto de la atención benévola de los autores medievales (algunos lo denominaron "perla de Dios"), utilizado como sistema electoral por la ciudad de Hardenburg (Suecia), tratado con cierta tolerancia por los manuales educativos del neoclasicismo (por ejemplo, las "Rules of Civility" copiadas por Washington) y considerado útil por Linneo— carece de antecedentes clásicos.

Procede la rata de Oriente, ignorándose si entró en Europa en el siglo IV (la "serex" de Heliogábalo) o, como parece más probable, en el XIII.

Pero el libro de Zinsser no es sólo una biografía del tifus, sino una "epidemiología de la historia", que aclara, sin pretensiones monistas, el papel capital jugado en ella por la enfermedad. Considera el autor como un misterio la ausencia de plagas en la Grecia clásica anteriores a la ateniense durante la Guerra del Peloponeso, que tanto contribuyó a la caída de Atenas.

Sin sostener una "teoría epidemiológica" de la decadencia romana afirma que era imposible mantener una organización social del tipo y magnitud de la romana con su secuela de concentración urbana, comunicaciones libres, actividad militar y movimientos constantes de fuerzas, sin una organización sanitaria como la moderna.

Las constantes plagas y epidemias, cual la de Antonino (165) en la que según Orosio "ciudades y pueblos enteros" fueron abandonados o cayeron en ruinas o la de San Cipriano (250) en la que

nos dice el santo que la raza humana “fué todo menos destruida” “desde Egipto hasta Escocia” acentuaron la decadencia. La epidemia de Justiniano destruyó el estado ostrogodo de Teodorico y sus intentos de reconstructores de la “romana civilitas” y representó el colapso de la política expansiva justiniana. Con ella se inicia la Edad Média, que acaba a su vez con la peste negra (1348-1382) en la que según Hecker fallecieron unos 25 millones de personas, o sea, la cuarta parte de la población europea.

El tifus surge por primera vez en Europa durante la guerra para la conquista de Granada (1489-1490) traído por unos soldados procedentes de Chipre, e hizo posible, al obligar a los franceses a levantar el sitio de Nápoles, la coronación, dos años más tarde, de Carlos V, como Emperador Romano, en Bolonia (1530). La Guerra de los Treinta Años fué un “gigantesco ensayo epidemiológico” y sólo mucho más tarde, a partir de 1820, presenciamos un nuevo misterio, que no puede atribuirse al principio a la mejor de las condiciones sanitarias: la desaparición de las epidemias en el mundo occidental. La pista más razonable residiría en el caso del tifus en la domesticación gradual de las ratas, menos inclinadas a las migraciones. Pero el tifus y las demás epidemias no están muertas: volverán a surgir —como lo demostró la I Guerra Mundial— si la brutalidad y la estupidez humanas les dan una ocasión.

JOSE LUIS FERNANDEZ
DE CASTILLEJO